

**Escrito por: granamigo**

## **Resumen:**

Le pedi a mi primo que fuera el primero.

## **Relato:**

Oscar vivía en una pequeña casa que había heredado de sus abuelos. Esperé frente a su puerta hasta que volví a calmar mi respiración. Mi dedo índice estaba en el botón del timbre junto al letrero "Oscar Molinero". Dudé. ¿Realmente quería hacer esto? El dedo presionó por sí solo, y hubo un chillido en el interior. Durante unos segundos, la esperanza se balanceó en mi pecho de que no hubiera nadie allí.

Pasos. La puerta se abrió. Óscar, mi primo, estaba en el encuadre. Obviamente estaba solo, porque solo vestía pantalones de chándal viejos y una camisa. Estaba descalzo. Eso nunca le pasaría en compañía, era demasiado vanidoso para eso.

„¿Rosi?“ Una sonrisa incierta parpadeó en su rostro. "Qué sorpresa. ¿Pasó algo?"

„No“, suspiré. "O sí. Oh, no, no lo sé exactamente. Ese es el problema. "Necesito tu ayuda".

"Bueno, entra primero". Se hizo a un lado y se apartó el pelo oscuro de la frente.

Con el corazón acelerado, entré a su casa. Ahora no había vuelta atrás. Se sintió como un salto al abismo.

"Dime, Rosi, ¿en qué te puedo ayudar?, me preguntó después de haber apretado una Coca-Cola en mi mano.

No sabía cómo empezar. "Hay un chico que quiere que me acueste con él". Al fin salió.

"Muy bien, ¿Y qué tengo yo que ver con eso?", sonrió y se apoyó contra la pared. "¿Le conozco?"

"No creo", respondí.

"¿Entonces por qué estás aquí? ¿Hay algún problema?", me pregunto.

"Escuché de un amigo suyo que a él le gustan las chicas con experiencia y yo no tengo... sigo siendo virgen". Ahora estaba fuera.

"¿Qué?", rió Oscar con incredulidad. "¿Virgen? ¿Cuántos años tienes ahora? Según recuerdo, debes tener dieciséis".

"Dieciséis en tres meses", suspiré.

"Pero... Tú has tenido novios, ¿o no?", se rascó la frente. Su mirada se deslizó sobre mí.

"Sí, pero nunca llegamos tan lejos", murmuré.

"¿Bien, y qué quieres que haga yo?"

Lo miré fijamente. "¡Quiero perder mi virginidad!"

"¿No me estarás pidiendo... lo que pienso, Rosi?", dijo él, mirándome atentamente. "¿Me estás pidiendo que yo te...?". No acabó la frase.

"¡Sí, eso quiero!", exclamé. "Pero si no quieres o puedes, no importa". Me levanté para irme.

"Tranquila... no he dicho que no".

"Te confesaré algo, Rosi. Aunque nos llevemos cinco años, siempre me gustaste".

"¡De verdad! No me di nunca cuenta".

"Como somos primos, nunca te dije nada". Pero desde que empezaste a desarrollarte, me empezaste a gustar".

"¿De verdad? ¿Y ahora qué hacemos?", pregunté algo confusa.

"Ven.", me cogió de la mano y me llevó al dormitorio. Le seguí sin decir nada. Mi corazón latía con fuerza.

El dormitorio estaba desordenado. Había ropa en el suelo y la cama sin hacer.

"Lamento el desorden. No esperaba visita".

"No importa", contesté.

Ninguno de los dos decía nada; estábamos parados sin movernos.

Mirando el uno al otro.

Él se movió el primero. Se acercó y empezó a quitarme la blusa. Una vez quitada, me quito los vaqueros.

Estaba de pie, en ropa interior. Segundos después, Óscar estaba desnudo excepto por los calzoncillos. Tragué cuando vi la forma de lo que había dentro. Él se veía estupendo. Pecho ancho y brazos y muslos musculosos.

Despacio se acercó a mí y me tomó en sus brazos. Mis manos recorrieron sus hombros.

Me apretó fuertemente contra él y me acarició la espalda. Su erección presionó mi estómago, una sensación maravillosa. Era tan duro como un garrote. Eso significaba que realmente le gustaba. Sus caricias en mis nalgas hicieron que mi pulso subiera. Sus dedos emitían un hormigueo, como si estuviera sentada en medio de un hormiguero.

El primer beso llegó sin pensarlo. Ni él ni yo decidimos hacerlo.

Cuando nuestros labios se encontraron, noté un extraño sofoco. Al principio solo nos rozábamos vagamente, luego más directo, más enfático. La boca de Oscar se sintió más firme y automáticamente suavicé la mía.

La habitación giró. Cuando la punta de su lengua tocó la comisura de mi boca, me atravesó una descarga eléctrica. ¿Vino del conocimiento de que Oscar estaba a punto de follarme? ¿De que eso que presionaba con tanta insistencia contra mi ingle pronto estaría profundamente dentro de mí?

Mi boca se abrió, también sin que yo lo hiciera, y la lengua de Oscar entró. Cálida y excitante.

Sentí una sensación palpitante. Me di cuenta de que esta sensación provenía de mis nalgas, de la mano que había metido en las bragas. Con sus dedos apretaba mi glúteo a un ritmo lento. El hormigueo se trasladó a mi estómago, pierna y vagina. Me sorprendió lo bien que se sentía.

Rompió el beso y le miré con las pupilas dilatadas.

Todavía saboreaba su saliva en mis labios y disfrutaba en secreto del juego de sus músculos pectorales bajo las yemas de mis dedos.

"¿Te gusta?", preguntó.

"¡Y cómo!", contesté.

Sin más preparación, su otra mano aterrizó en mis bragas y amasó ambas nalgas. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y me aferré a él. Esto me permitió caminar de puntillas para que tuviera un mejor acceso.

En ese momento me di cuenta de que su polla estaba en esta

posición en la ranura de mi vagina. La forma alargada se ajustaba exactamente a mis labios. Como prueba, balanceé mis caderas hacia adelante y hacia atrás y me froté contra él. Oscar tragó saliva y me miró a los ojos de cerca.

"¿Estás segura de que no tienes experiencia? No me da en absoluto esa impresión".

"Eso es por el maestro". Besé su labio superior. "Nunca me había sentido así antes".

Sin soltar el abrazo, me echo sobre la cama. Me dejé caer y aterrizamos en el colchón vacío. Su polla se sentía dura sobre mi pierna. Había metido una rodilla entre mis muslos y se había apretado contra mi abdomen una y otra vez. Me acarició la mejilla y más profundamente.

Antes de que pudiera recomponerme, él había bajado el sujetador y me había besado en el pecho desnudo. Nuevos estímulos, tan intensos que casi se sentían dolorosos. Luego se llevó el pezón a la boca y lo chupó ligeramente.

Me hizo jadear. Mis manos se agarraban en la parte posterior de su cabeza y apretaban con una fuerza loca. Con un jadeo dichoso, me apreté contra él. No me habría dado cuenta de un terremoto, o de si la casa se hubiera caído a pedazos.

Empezó a bajar besándome todo el cuerpo. Estiré los brazos por encima de la cabeza, cerré los ojos y disfruté con todo mi corazón mientras él me lamía el estómago y mojaba mi ombligo con la punta de su lengua. Presionó su boca contra la parte inferior de mi abdomen, en el suave hueco junto a los huesos pélvicos.

A partir de ahí fue cuesta abajo. Los labios cálidos palparon el dobladillo de las bragas antes de que se bajaran milímetro a milímetro. Un suspiro salió de mi garganta por sí solo cuando sentí su boca en el pelo encrespado del monte Venus. Mi coño latía y brillaba, y podía oler el aroma de mi propia excitación. Para Oscar, tenía que ser mucho más intenso.

Finalmente me quitó las bragas. Levanté mis nalgas para ayudarlo y me acosté completamente desnuda frente a él. Automáticamente, separé mis piernas, aunque de repente me sentí terriblemente avergonzada cuando él miró con deseo mi coño. Me apoyé en los codos y miré lo que hacía. Pensé que así tenía un poco de control. Mis pechos parecían hincharse y palpitar; los pezones sobresalían como pequeños garbanzos. La pared abdominal subía y bajaba a un ritmo rápido; mis muslos formaban una amplia V. Incliné la pelvis hacia adelante para tener una mejor vista de mi vagina. Los labios estaban ligeramente abiertos y brillaban de color rojo.

"Hueles delicioso", murmuró y me olfateó. Casi salté de mi piel cuando sin querer me tocó con la nariz. "¿Sabrá tan bien como huele?"

"Descúbrela", dije doblando las rodillas.

¡No te pierdas el próximo capítulo!